

RESEÑAS

Zaid, Gabriel, **De los libros al poder**, México, Grijalbo, 1988, 309 pp.

El conjunto de los ensayos que conforman *De los libros al poder* es una lúcida, y al mismo tiempo irónica crítica al anatema platónico, que postula al saber como una deseable e inequívoca propiedad del poder, en una suerte de epítome cosmogónico trascendente, legitimador e indiscutible promotor del oficialismo institucional en la cultura, la burocratización del conocimiento y la teología teórica. El análisis del paso de las reglas de perfección teocrática a las reglas de perfección tecnocrática —descrito por Gabriel Zaid— es el resultado de la genealogía del saber, que tuvo como punto de partida el surgimiento de la escritura, la cual nació integrada al poder y gradualmente fue obteniendo autonomía.

En efecto, la escritura apareció luego de la Revolución agrícola, cuando ya existía una vida sedentaria y una organización económica que implicaba, entre otras cosas, los inventarios y el comercio. Para Zaid "los más antiguos escritos conocidos son facturas de embarque que acompañaban remesas agropecuarias" (p. 15). La escritura, por consiguiente, surgió con el poder que centralizaba, resguardaba y distribuía la producción agropecuaria.

Las concepciones y las críticas en torno al mundo y a la vida —lo mismo que la religión, el arte, el pensamiento—, son anteriores a la escritura y el Estado. La crítica empezó siendo oral. No todos podían escribir y publicar. La crítica letrada es obra de una minoría que posee algún poder: cuando menos el de escribir y dar a conocer sus escritos.

Quizá por ello —apunta Zaid— algunos pensadores críticos no escribieron, ya que vieron la contradicción de criticar la cultura oficial en un discurso que, finalmente, sería incorporado al discurso oficialista. Sócrates no escribió ni buscó el poder. En tal sentido Platón no fue su discípulo quien desde el Topos Uranios —el mundo de las ideas donde habita el espíritu—, puntualizó que los que saben deberían gobernar.

Según el autor, la tradición moderna de "los hombres de libros" se remonta a los monasterios cristianos que recogieron la herencia de Platón, a través de la patrística griega. Los monasterios eran como repúblicas platónicas —superiores sólo moralmente— a cargo de hombres inspirados que se congregaron voluntariamente en un proyecto "escrito" de vida superior. Pero pronto el germen del capitalismo en la Edad Media se encarga-

ría de desarraigar a dichos hombres —que pasaron del campo a la ciudad, del claustro del convento al claustro académico— para llevarlos al mercado del saber: servicios de traducciones, clases, ediciones, gestiones legales y otros más, que fueron generando una sociedad donde todo se compra y se vende. En adelante, los "perfectos" ilustrados ya no debían apartarse del mundo, sino dirigirlo hacia la perfección. Joaquín de Fiore —el teórico de la Orden de los Templarios— propuso, frente al fenómeno comercial del siglo XII, las tres eras (la del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo). En el siglo XIX, Augusto Comte también trazó un proyecto ideal en tres estadios (el teológico, el metafísico y el científico), proponiendo a los "perfectos" del estadio científico para dirigir el planeta: "los sabios —señalaba Comte— poseen hoy, con exclusión de todas las demás clases, los dos elementos fundamentales del gobierno moral: la capacidad y la autoridad teóricas" (p. 20).

Desde sus orígenes —explica Zaid—, el conocimiento teórico ha legitimado el poder práctico. Los "hombres de libros" han estado al servicio de familias reales, empresarios, autoridades religiosas, guerreros analfabetos y de otros grupos; han tomado las armas para llegar al poder o han estado al servicio de otros hombres de libros que llegaron al poder por la vía de las armas. Más aún, asegura el autor, el saber teórico y el poder pragmático han podido residir en una misma persona, en diversos grados y formas: Los "hombres de libros" al servicio del poder han vuelto oficiales sus ideas y así han adquirido prestigio y creído que las cosas se pueden mejorar "desde adentro"; los que han estado fuera del poder han llegado a tener prestigio ante su público; algunos más han podido construir su propia autonomía —un pequeño poder aparte—, sobre todo en las universidades; otros han podido ganar poderes exclusivos (altos puestos, presupuestos, privilegios) a través de la cartelización del saber; y muchos no han dudado en tomar las armas en pos de sus ideales.

En su ensayo "Imprenta y Vida Pública", Zaid destaca que la aparición de la imprenta —inventada por Gutenberg en 1440— cambió las relaciones del saber con el poder. Con la multiplicación de los libros se amplió la comunidad de los intelectuales aspirantes al poder,

esto es, de los que entienden o creen entender. De inmediato, proliferaron las críticas, proyectos, utopías, manifiestos y otros escritos encaminados a mostrar el sendero del progreso, de la perfección, de la modernidad. Pero lo verdaderamente insólito, comenta el autor, es que: "por primera vez en la historia", las ideas se convirtieron en "fuente de legitimidad y piedras angulares de la constitución de una comunidad" (p. 60), de un grupo privilegiado, ya no basado en líneas de parentesco, posición social sino en las ideas comunes.

Para Zaid, los "hombres de libros" —que han creído ser los depositarios de un saber de salvación— se han distinguido en la historia del poder en México, particularmente en momentos clave: a) en el siglo XVI, con las órdenes mendicantes que trataron de convertir al Nuevo Mundo en un paraíso moral; b) en el siglo XVII, con los universitarios criollos y los jesuitas que encabezaron un apostolado progresista; c) en el siglo XIX, con el grupo de abogados progresistas que apoyaron el Plan de Ayutla para sacar al pueblo de su pobreza y redimirlo; d) en 1946, con el grupo de abogados progresistas de la Universidad Nacional Autónoma de México, uno de cuyos miembros, Miguel Alemán, alcanzó el poder. El caso de este último es relevante. Zaid puntualiza que poco antes de obtener su título profesional, Alemán encabezó un pacto de ayuda mutua que sonaba a "hermandad de frailes universitarios" y a una conjura para llegar conjuntamente al poder. "Estamos dispuestos —declaró el que fuera presidente de México—, y así lo juramos por lo más sagrado, a ayudarnos en la lucha tremenda de la vida... muchos de nosotros, y tenemos fe en ello, llegaremos a ocupar prominentes lugares en nuestra vida social o política, ellos quedarán obligados para ayudar a aquéllos que lo necesiten del grupo" (p. 26).

Los universitarios no son los primeros privilegiados de la historia —manifiesta Zaid en el ensayo "La Tribu Invisible"—, pero sí los primeros en prosperar en nombre del saber (p. 38). El ascenso al poder de la "tribu universitaria" se puede observar, según él, a través de varios fenómenos: la burocratización de la sociedad; la multiplicación de jefes subordinados; el mundo del empleo y el ascenso que ofrece "carreras trepadoras"; la explosión universitaria (la generación de 5 millones de licenciaturas anuales en todo el planeta); el surgimiento de un "capitalismo curricular", cuya acumulación produce privilegios y oportunidades; y la aparición de un "vulgo universitario".

En el ensayo, "Sobre Títulos Profesionales como capital curricular", el autor asegura que gracias a un título se tiene acceso al poder y es, al mismo tiempo, una patente de corso para cobrar por aprender. Detrás del capitalismo y del socialismo se encuentra el "capitalismo curricular": "la acumulación de méritos de realizaciones, de lucimiento, de servicio a la sociedad, que permite servir con la cuchara grande y además ser aplaudido"

(p. 51). Zaid expresa que dicho capital se adquiere de varias formas: talento, parentesco con los poderosos, relaciones y títulos.

Los "rentistas de capital curricular" no son vistos como terratenientes ni capitalistas, sino como gente preparada, competente y llena de méritos. Pero —asevera Zaid—, "la ilusión de que todos puerlen llegar a todo con la debida preparación académica, es mitológica" (p. 53), porque no habría posiciones accesibles para todos en la organización piramidal de las grandes empresas, sindicatos, partidos y de otras instancias que, según el autor, "requieren que haya pocos arriba, bajo el supuesto consolador de que en realidad todos pueden llegar a todo, y que algún día van a hacerlo, con la debida capacidad, preparación, méritos" (p. 54).

Hoy se ha vuelto un lugar común lo que Platón proponía como un escenario utópico: que todo se resuelve con educación, impuesta desde arriba, donde deben estar los que saben. El parentesco, la edad, la propiedad, la fuerza, la suerte —las antiguas fuentes de legitimidad que el filósofo griego describe en *Las Leyes*—, ocupan un lugar secundario respecto del saber; aunque, como advierte Zaid, se trata de un supuesto saber en la práctica: "credenciales de estudios, viajes, realizaciones, reconocimientos, que permiten ascender y ganar más, en una especie de capitalismo curricular" (p. 59). De este modo, para el autor, el ascenso de los universitarios al poder parece la cosa más legítima del mundo.

Varios mexicanos hicieron el viaje de los libros al poder y sufrieron una decepción: José Vasconcelos, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano y otros más. Daniel Cosío Villegas, por ejemplo, presidió en los años veinte diversos congresos estudiantiles internacionales encaminados a ganar reconocimientos para el gobierno de Álvaro Obregón. Cosío creyó de buena fe que algún día se convertiría en presidente de México (pp. 62-63), pero supo cambiar de rumbo a tiempo e hizo historia como intelectual. Según Zaid, existiría un paralelismo entre los caminos recorridos por Cosío Villegas e Ignacio Manuel Altamirano. El gigante de las letras mexicanas del siglo XIX estuvo entre los jóvenes licenciados progresistas que siguieron a Juan Álvarez y su Plan de Ayutla; fue diputado, presidente de la Suprema Corte, cónsul en España, entre otros cargos. Siempre incorruptible, pasó la vida con dificultades económicas y al decepcionarse de la política y de los poderes sociales, Altamirano rectificó su vocación y convocó a los intelectuales para fundar otra república independiente. Altamirano y Cosío se dedicaron a la expansión de la opinión pública independiente: "ambos usaron la expresión *república de las letras* —explica Zaid—, que permite situarlos como padres de esa patria, como creadores de vida pública a través de la imprenta" (p. 67).

En virtud de que los "hombres de libros" pueden ser tan corruptos, tan ávidos de poder, como cualquier ser humano, Zaid señala que es mejor que reconozcan sus limitaciones y también su poder específico que sería

convencer: "es mejor que lo mantengamos como un poder aparte, aunque así parezca la mismísima impotencia" (p. 24). La observación crítica que se le puede hacer al autor es que podría no existir tal "república de las letras" y menos aún una totalmente independiente o con la capacidad de poder sustraerse a la cúspide del poder. En verdad, como él mismo lo reconoce, se necesita mucha autonomía personal para creer realmente en la república de las letras como un poder independiente y aparte (p. 70).

En tal contexto la crítica de Zaid al oráculo universitario como paradigma de legitimación en las decisiones de la vida social, se enclava como premisa de cuestionamiento de la exaltación de una clase media que se muestra como eficaz receptora de un discurso repetitivo ("revolución", "izquierda", "derecha") ante las expectativas de ascenso social. De este modo el autor despoja de su investidura a la Universidad —"ese Tepeyac del Estado donde habla el espíritu"— como necesario templo del saber y exhibe su presunta ineficacia como basamento del pensamiento crítico: "Habrá quien piense —apunta Zaid— que abandonar la UNAM es derrotista, o peor aún: traición a la patria. Pero ahí está el error del mito megalómano. La UNAM no es la patria: es una de tantas cosas que tuvieron sentido, crecieron y se arruinaron" (p. 153).

Más adelante, y en el mismo tono, se establece una suerte de análisis de coyuntura, desglosado a lo largo de varios ensayos. En una primera instancia estudia el caso de El Salvador, donde una clase dirigente se reproduce, según Zaid, en la oposición del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y del Frente Democrático Revolucionario (FDR). Respecto de Guillermo Ungo y otros revolucionarios de origen intelectual, el autor señala: "Pudiera verse en ellos a universitarios

progresistas que se enfrentan a gorilas analfabetos. Pero ¿se trata de eso? No, por lo que hace a los militares: se trata de colegas universitarios" (p. 158) como el general Fidel Sánchez. En este recuento trágico se incluye el asesinato del poeta Roque Dalton a manos de sus propios compañeros de armas: "murió asesinado —dice Zaid— por un compañero que le ganó en el uso de sus propios argumentos para dirimir sus diferencias... En el discurso de la razón gana el que tiene la razón. En el discurso de la pistola gana el que tiene la pistola" (p. 177).

También se analiza el caso nicaraguense como ejemplo de legitimación a partir del discurso y la práctica revolucionarios de los profesionales del poder (las tres tendencias del Frente Sandinista de Liberación Nacional), asimismo se aborda el tema de las elecciones y de los factores que propiciaron el ascenso al poder de Daniel Ortega (quien —para Zaid— no es un Fidel Castro sino "más intelectual, poeta, retraído"), las luchas intestinas por el poder (donde el gran perdedor sería presuntamente Tomás Borge) y la incapacidad de negociación política de Edén Pastora quien de haber participado como candidato a la Presidencia —que, según el autor, habría ganado con facilidad—, el guión de Gabriel García Márquez, *El Secuestro*, en que se glorifica a un comandante Cero, sería visto como un homenaje al héroe del asalto al Palacio Nacional.

Por último, la aceptación explícita de una idea capital recorre las páginas de esta obra: la certeza razonada como único poder válido de los libros y en ello una clara invitación a la eficacia, "por el diálogo de unos lectores con otros —puntualiza Gabriel Zaid— por esa otra vida pública que pasa por la imprenta".

Manuel Morán Rufino